

De la noche, parece gigantesco
 Un castillo feudal, por sus almenas
 Y por los altos cerros que de fondo
 Le sirven al mirarlos en la noche:
 Arboles corpulentos la circundan,
 Y luego un foso que permite el paso
 Cuando caer se deja con cadenas
 Un muy pesado puente levadizo.

Al Norte, entre columnas, una reja
 Limita la extensión que un jardín forma,
 Separado y distante de los otros
 Jardines, pabellones y aposentos:
 Al penetrar á esa mansión se siente
 Una brisa suave, y se percibe
 El aroma del nardo y los jazmines,
 Del jacinto, el geranio, la amapola,
 Las azucenas y los rojos lirios,
 Y las rosas fragantes, los claveles,
 La trinitaria, la ambarina, el blanco,
 Suave y aromoso floripondio,
 El alhelí, la acacia, la violeta,
 La rosada camelia, el oloroso
 Y bello toronjil, los girasoles,
 El azahar, el tulipán, los juncios,
 Y millares de flores que exhalaban
 Un agradable, embriagador ambiente,
 Aunque tienen sus cálices dormidos,
 Allí bajo los fresnos y los chopos,
 Que unen de madreSelva las cadenas,
 Y entre oscuros sauces y naranjos
 Que la hiedra circunda en espirales,
 Y verdes y pomposos limoneros
 Que abrazan los mastuerzos de oro y plata.

Está sobre del césped reclinada,
 A orilla de una fuente cristalina,
 Una joven hermosa y apacible,
 De ojos negros y lánguida mirada,
 De tez morena y nacarados labios,
 De negra cabellera suave y blonda,
 Que en su cuello de cisne juguetea;
 De talle esbelto cual la erguida palma.
 A ratos en la fuente fija incierta
 Sus miradas, queriendo en sus cristales
 Hallar tal vez un eco á su recuerdo;
 A ratos se dilata en la llanura
 Su vista indagadora, y otras veces,
 Mirando las estrellas de los cielos,
 Extática se queda contemplándolas,
 Como si en esas letras leer quisiera
 Algún augurio á su fatal destino;
 Y calculando de ellas en el curso
 La carrera del tiempo de la noche,
 Iba midiendo las tranquilas horas:
 De repente se fija, y hacia un ángulo
 De aquel jardín dirige sus miradas;
 Recoge silenciosa el blanco armiño
 Que le abriga, y se queda taciturna:
 Un ruido suave se percibe
 En el follaje y en las hojas secas
 Que aún han dejado huella del invierno
 Que veloz arrojó la primavera.

—Él es! exclama Elena con voz blanda,
 Es Herlindo.—A ese tiempo dió la hora
 Que interrumpe el silencio de la noche,
 Y á la vez la luz roja de un cohete
 De los que arrojan en la plaza brilla

Como rojo relámpago en la altura,
Y con su ruido estrepitoso y rápido
Hizo temblar á la gentil doncella.

—Él es! volvió á exclamar al reponerse
De aquella conmoción tan repentina:
De improviso aparece hermoso un joven,
De talle esbelto y agraciadas formas,
Ojos brillantes y color rosado,
Según la claridad que las estrellas
Vierten en esa hora de la noche:
Un rizado bigote y poca barba
Dibujan los contornos de sus labios
En que amorosa risa juguetea;
Viste uniforme y trae en su cintura
Una brillante espada, y dos pistolas.
—Elena! —Herlindo! á un tiempo se dijeron
Los dos al saludarse; y luego Elena
Así dijo con tono melancólico:
— Herlindo, ¿por qué tardas? ya las Pléyades
Rápidas van cayendo al Occidente.....
Mira á Saturno lejos, mira el carro
De la Osa que se hunde; cinco luces
De esos cohetes que la plaza arroja
Para indicar tal vez su vigilancia
Han cruzado el espacio estremeciéndome:
Desde que en este sitio solitario
Llena de amor y de pesar te espero,
Del gallo el canto que me asusta he oído,
Y el alerta siniestro del soldado
Ha herido mis oídos veinte veces.
— Perdóname, señora, dijo Herlindo,
Pues que me lo impidió deber sagrado:
Yo anhelaba venir á contemplarte,

Tu belleza admirando seductora
Y respirar tu embriagador aliento,
Y escuchar de tu voz la melodía,
Y gozar á tu lado en esas horas,
Dicha suprema, sin igual ventura.

Cuando pienso que pronto sin temores,
Sin escalar el muro, sin el riesgo
Con que el lecho abandonas, esperándome
En el triste jardín que nos encanta
Y mía te llamaré delante el mundo,
Siento latir mi corazón violento. —
Dijo: y de Elena al estrechar la mano,
Le imprimió un beso en la morena frente.
— Sí, muy pronto, muy pronto, dijo Elena,
Dios unirá nuestros amantes pechos,
Y bendición dará á nuestros amores.....!
Pero ¿qué indican esas armas? dijo,
Al mirar esos bélicos arreos
De Herlindo. ¿Eres soldado de la patria?
¿Te presentaste ya, como has venido?
¿Cómo faltas, Herlindo, de tu puesto?
Si un contratiempo tienes, me atormentas,
Me martirizas; vuélvete, bien mío.
— Oyeme, Elena: mi entusiasta padre,
Lleno de los recuerdos de su tiempo,
Conserva con orgullo sus blasones;
Y hoy que viene la Francia generosa
A restituir los fueros ultrajados,
A enaltecer las glorias de la Iglesia,
A elevar del ejército el prestigio,
Ordenóme salir esta mañana
En pos de Telamon, y con él vengo,
Vengo con el ejército de Francia;

Y he burlado al vigía sin que me viera,
Sólo por verte, angélica hermosura,
Sólo por respirar tu dulce aliento."—

Mientras Herlindo hablaba, amargo llanto
Elena derramaba de sus ojos,
Y en el silencio ahogándose gemía.

— Mas tú lloras, Elena, dijo Herlindo.
— Herlindo! ¿y me preguntas? yo pensaba
Que eras tú mexicano, que en tus venas
Circulaba la sangre generosa
De los hijos de Anáhuac; que tu pecho
Emociones purísimas sentía... ..
Y que abrigaba tu alma pensamientos
Grandes como mi mente imaginaba.....
Dijo Elena, anegándose en su llanto.

— Elena, dijo Herlindo con bravura,
Voy á empuñar mi acero en la batalla
Por defender los fueros sacrosantos
De nuestra religión, de nuestra gloria;
Caballero de nobles ascendientes,
Con la Francia magnánima me asocio
Para vengar los pérfidos ultrajes
Con que ha manchado su pendón mi patria:
Quiero ceñir de lauro una corona
Y venir á ponerla ante tus plantas.

— ¡Basta!... Herlindo... no sigas!... á tu campo
Vuélvete al punto, olvida para siempre
A esta infeliz mujer que en sus delirios
Llamarte pudo el ángel de sus sueños.....
Lucha, asóciate alegre al extranjero

Que profana la tierra de mi patria,
El suelo en que nacieran mis mayores;
Ve á derramar la sangre mexicana,
Las huellas al seguir de los traidores!.....
Dijo Elena enjugándose los ojos.

— Elena, exclamó Herlindo. ¡qué pronuncias!....
¡ Así alejas de mi alma tus encantos!
¡ Será posible que de amarme dejes!
Sin tu amor nada quiero, Elena, Elena,
Yo no quiero la vida; tú alentabas
Tan sólo mi existencia que corría
Deslizándose blanda; imaginando
Siempre mi pensamiento tu belleza,
Tus gracias, tus virtudes, y tu encanto,
Mi vida hermosa sin cesar hacía.....!

— Véte, Herlindo; la noche se adelanta,
Y aunque ya para siempre separamos
Nuestras almas, yo temo por tu vida:
Vuélvete al campamento de tu bando:
Te amaba..... tal vez te amo..... acaso, Herlindo,
Muera yo de dolor: tal vez no pueda
Vivir sin ver la lumbre de tus ojos,
Sin oír de tu voz el grato acento.....
Pero en mi pecho late mexicano
Un corazón ardiente, y yo prefiero
Morir siendo por siempre mexicana,
Que poder humillarme á los traidores.....
Yo los maldigo! y antes los escombros
De esta invicta ciudad mis restos cubran.
Adiós, Herlindo, adiós!..... y nunca, nunca
Recuerdes que existí: que aunque el estruendo
Del arma aterradora me estremezca,

Yo rogaré por tí; y al Dios del orbé
 Pediré que conserve tu existencia
 Porque tienes un padre cariñoso,
 Porque una madre por tu vida lloró.....!
 Adiós!..... olvida tu dolor. El eco
 De la guerra te anime en el combate.—
 Dijo: y veloz cubriéndose los ojos
 De que corría el abundante llanto,
 Se perdió entre los chopos y las flores.
 Herlindo, como estatua, ni veía,
 Ni pudo articular un solo acento,
 Ni lanzar pudo un lánguido gemido,
 Ni pudo detener á la doncella,
 Porque un horrible peso le oprimía:
 ¡La traición!..... ¡la traición!..... apenas pudo
 Exclamar de sí mismo horrorizado
 Después de largo tiempo de silencio:

¿Será verdad? Ahogándose decía,
 Que no me ama.....! Bien..... ya no me ama!
 Yo soy traidor.....! ¡oh padre! tus mandatos
 Cumplo; soy infeliz en este mundo,
 Ya me pesa la vida: ¿de qué sirve
 La vida sin honor? La muerte quiero,
 Ya que soy un traidor para esa Elena,
 Esa virgen tan pura, tan hermosa,
 Y que ya no me ama! Allí en la lucha
 Quiero morir, que confundido quede
 Mi nombre y mi cadáver, y se ignore
 Que un hombre más vivió sobre la tierra!.....
 Dijo, y aquel jardín abandonando,
 Con pecho opreso se alejó llorando.

Ya cuatro veces repetido había

Del soldado el alerta resonante
 Interrumpiendo el funeral silencio;
 Y en esa misma hora reflejaba
 Roja luz del cohete en las alturas,
 Cuando Herlindo, confuso, atravesaba
 De regreso los campos taciturnos
 Que separan las patrias fortalezas
 De la ciudad, del franco campamento
 A donde el invasor puso sus tiendas.

Al volver del jardín para su alcoba,
 La varonil Elena, entre sollozos
 Que detener no pudo, sobre el lecho
 Se reclinó, y á poco, de rodillas
 Se puso ante la imagen angustiada
 Del Salvador, que gime allá en el Huerto,
 Y al cielo dirigió plegaria humilde,
 El auxilio pidiendo por Herlindo.

Entretanto en los campos nacionales
 Todo era movimiento; se esperaba
 Una sorpresa del francés, y todos
 En medio del silencio discurrían,
 Aquí y allí, cumpliendo la consigna.
 Ortega, vigilante, las murallas
 Recorrió, animando á los guerreros,
 Para que al despertar de la mañana,
 Listos los jefes todos estuvieran;
 Y mientras, al cubrirse entre las nieblas,
 En la plaza se aprestan los guerreros;
 También los extranjeros batallones
 Preparan otra vez sus proyectiles.
 Elena en tanto, orando silenciosa,
 Esperaba la luz de la mañana,

Y ya que los susurros de la brisa
 Fresca sintió, sus blancas vestiduras,
 Y los brillantes de su terso cuello,
 Y los bellos y ricos atavíos
 Se quitó, y cubriéndose de negro,
 Otra vez al jardín salió la hermosa:
 Al ver aquellos sitios que mil veces
 Oyeron de su amor el juramento,
 Al oír el murmurio de esa fuente
 Que mil veces oyera los delirios
 De su imaginación acalorada,
 Al sentir el aroma de esas flores
 Que perfumaron el amante pecho
 De Herlindo, cuando un ramo le ponía,
 Dió corriente á su llanto sin medida,
 Y sentada en el césped, anegada
 Quedó en su llanto, que mojó la tierra,
 Esperando la luz de la mañana.

CANTO TERCERO.



SILENCIO sepulcral envuelve al mundo:
 Tranquilo duerme el corazón que sabe
 Cumplir con los deberes que le impone
 El mandato inmortal de la conciencia,
 En medio de la noche que ya cede
 Otra vez su lugar al nuevo día.
 También alguna vez la virtud vela
 Porque medite grandes pensamientos
 En honra y prez de la brillante gloria,
 En honra y prez del genio ó de la patria.
 El sitiador francés su fuerza apresta,
 Y sus trenes, sus carros, sus cañones,
 Alista antes que llegue la mañana;
 Mientras el esforzado mexicano
 Del enemigo observa el movimiento;
 Y en tanto esto acontece, y transcurriendo
 Las horas, van dos jóvenes amantes,
 Por la patria también el sueño dejan:
 En una casa al lado de Occidente,
 En un vasto salón iluminado,
 Y en el que los aromas se perciben
 De mil fragantes flores que, dormidas,
 En un jarrón etrusco se conservan